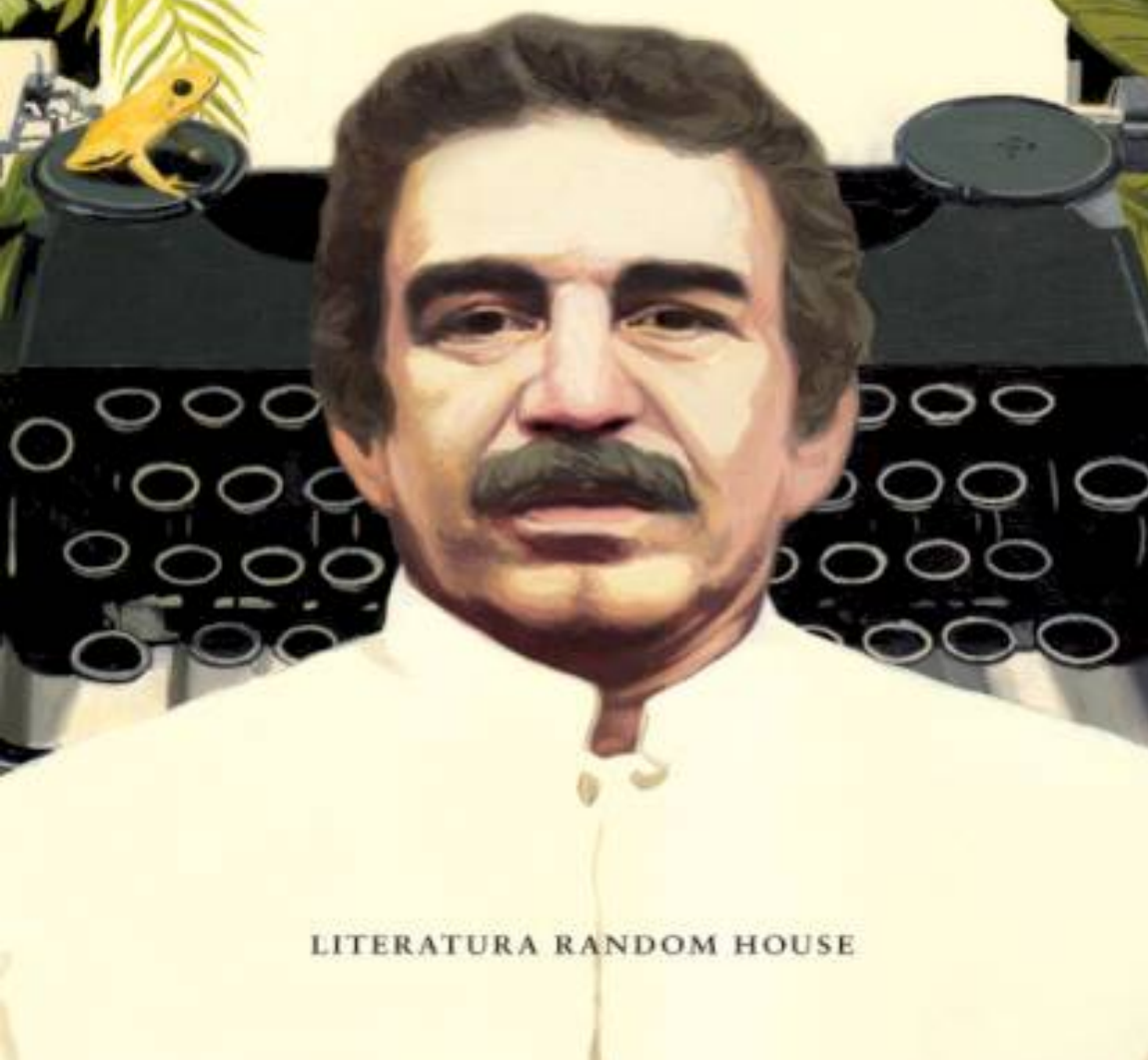




GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

El escándalo del siglo

Prólogo de Jon Lee Anderson



LITERATURA RANDOM HOUSE

El escándalo del siglo
Textos en prensa y revistas (1950-1984)

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Prólogo de Jon Lee Anderson
Edición de Cristóbal Pera

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@Literaturarandomhouse



@megustaleer



@Litrandomhouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PRÓLOGO

El mundo reconoce a Gabriel García Márquez como un novelista extraordinario: el amado creador del coronel Aureliano Buendía y de Macondo, del épico amor de Fermina Daza y Florentino Ariza, de la muerte de Santiago Nasar, y del colosal y solitario dictador en *El otoño del patriarca*. Por todo eso le concedieron en vida el máximo reconocimiento a un literato, el premio Nobel, y todo Hispanoamérica se regocijó al ver a «uno de los dieciséis hijos del telegrafista de Aracataca» en su ceremonia de aceptación ante los reyes de Suecia.

Gabo (nombre afectuoso con el que se le conoce en todo el mundo hispano) es conocido también como amigo y confidente de Fidel Castro y de Bill Clinton, así como de Cortázar, Fuentes y sus otros colegas del boom, además de marido de Mercedes Barcha y padre de dos hijos, Gonzalo y Rodrigo. A su muerte, acaecida en 2014, a los ochenta y siete años, todo el mundo acudió a su funeral, celebrado en el hermoso palacio de Bellas Artes de la capital de su país de residencia, México. Cuando Juan Manuel Santos, entonces presidente de Colombia, su tierra natal, dijo que era el mejor colombiano de todos los tiempos, nadie lo puso en duda.

Pero, aparte de todo esto, Gabo fue periodista; el periodismo fue en cierto modo su primer amor, y, como todos

los primeros amores, el más duradero. Esta profesión le aportó el primer sustento como escritor, algo que él recordó siempre; su admiración por el periodismo llegó al punto de proclamar en alguna ocasión, con su característica generosidad, que era «el mejor oficio del mundo».

Esta hipérbole fue inspirada por un sentimiento de respeto y afecto hacia una profesión que hizo suya al mismo tiempo que daba los primeros pasos como escritor. En 1947, en su primer año en la Universidad Nacional de Bogotá, Gabo vio publicados sus primeros cuentos cortos en el diario *El Espectador*. Quería ser escritor, pero había ingresado en la facultad de Derecho para complacer a su padre.

La violencia política irrumpió bruscamente en la vida de Gabo en abril de 1948, cuando el asesinato del carismático líder liberal Jorge Eliécer Gaitán provocó varios días de revuelta popular. Durante la conmoción, recordada como «el Bogotazo», la residencia estudiantil de Gabo fue incendiada y la propia universidad fue cerrada *sine die*. Ese fue el comienzo de una guerra civil —denominada «La Violencia»— entre liberales y conservadores que duraría una década y costaría la vida a unas 200.000 personas.

Colombia nunca sería la misma, y tampoco la vida de Gabo. Para poder continuar sus estudios, se trasladó a Cartagena de Indias, se matriculó en la universidad y comenzó a colaborar en mayo de 1948 con el nuevo diario local, *El Universal*. Poco tiempo después, dejó los estudios para dedicarse plenamente a la escritura. Intentó ganarse la vida

escribiendo artículos para *El Herald* de Barranquilla, ciudad adonde se mudó en 1950. Fueron años felices y formativos: rodeado de otros jóvenes creadores —escritores, artistas, bohemios— que llegaron a ser grandes amigos y formaron el llamado «Grupo de Barranquilla». En esa época, Gabo vivía en un hotel de paso, firmaba una columna bajo el pseudónimo Septimus, y terminó su primera novela, *La hojarasca*.

Esta antología, tan bienvenida como necesaria, resalta el legado del periodista Gabriel García Márquez por medio de una selección de sus artículos publicados. Arranca con el joven y bohemio Gabo de la etapa costeña, que apenas despega como escritor, y sigue unos cuarenta años hasta mediados de los ochenta, siendo ya un autor maduro y consagrado. Esta antología nos revela un escritor de pluma amena en sus orígenes, bromista y desenfadado, cuyo periodismo es poco distinguible de su ficción. En «Tema para un tema», por ejemplo, escribe sobre la dificultad de encontrar un tema apropiado para empezar una nota. «Hay quienes convierten la falta de tema en tema para una nota periodística», dice, y, después de revisar un abanico de historias pintorescas que aparecen en los diarios —que la hija del dictador español Franco se casa y que el novio se llama «el Yernísimo», que unos chicos resultan quemados por jugar con platillos voladores—, deja claro que es posible escribir un artículo entretenido sobre nada en particular. En «Una equivocación explicable», Gabo narra cómo un hombre profundamente borracho se suicidó tirándose por la

ventana de su hotel al ver pescados caer desde el cielo. Con el hecho consumado, el remate de Gabo tiene un tono gótico *noir* tipo Edgar Allan Poe que revela un periodista motivado sobre todo por el deseo de «echar un cuento bien contado», como él mismo solía decir con su estilo costeño: «Cali. Abril 18. Una extraordinaria sorpresa tuvieron en el día de hoy los habitantes de la capital del valle del Cauca, al observar en las calles centrales de la ciudad la presencia de centenares de pescaditos plateados, de cerca de dos pulgadas de longitud, que aparecieron regados por todas partes».

En 1954, Gabo regresó a Bogotá para trabajar en *El Espectador*, el mismo diario que había publicado sus primeros cuentos cortos. Empezó haciendo críticas de cine, y se dedicó al reportaje como enviado especial, pero también publicó notas de su interés —algunas recogidas en este volumen—, crónicas sobre leyendas populares de la costa, o reflexiones sobre acontecimientos que le intrigaban: en «Literaturismo», menciona un horripilante homicidio cometido en Antioquia. Con un tono de amonestación rebajado por su característico humor negro, Gabo anota: «La noticia no ha merecido —al cambio actual del peso periodístico— más de dos columnas en la página de las noticias departamentales. Es un hecho de sangre, como cualquiera. Con la diferencia de que en este tiempo no tiene nada de extraordinario, pues como noticia es demasiado corriente y como novela es demasiado truculento. Convendría recomendar un poco de discreción a la vida real». En otro artículo, «El

cartero llama mil veces», Gabo vuelve a demostrar que es posible construir una noticia de la nada con una deliciosa crónica sobre la casita de Bogotá adonde van a parar las cartas que nunca llegan a su destino.

Durante su estancia en Bogotá, Gabo no tardó en consagrarse como cronista de renombre nacional con su dramática crónica serializada «Relato de un naufrago», publicada en 1955. Basada en entrevistas con Luis Alejandro Velasco, único superviviente del barco *ARC Caldas*, de la marina colombiana, que se había hundido a causa de una tormenta en su viaje de vuelta de Mobile, Alabama, la historia de Gabo fue todo un éxito. Publicada en catorce entregas, la serie rompió el récord de ventas de *El Espectador*, al tiempo que suscitó un fuerte escándalo por lo que Gabo afirmaba allí: que el buque se había hundido a causa de la sobrecarga derivada del contrabando subido a bordo por oficiales y tripulación; el resultado fue que el editor, para alejar a Gabo del ojo del huracán, lo envió a Europa. Era la primera vez que Gabo salía de Colombia.

En los dos años y medio que pasó en Europa, moviéndose como corresponsal itinerante del *El Espectador* por París, Italia, Viena e incluso los países de Europa oriental, al otro lado del Telón de Acero, Gabo escribió una serie de crónicas acerca de todo lo que le parecía digno de interés, desde una cumbre política de alto nivel en Ginebra hasta las supuestas trifulcas entre dos célebres actrices del cine italiano o la neblina de Londres. Su prosa era fresca, y sus crónicas siempre agudas y cargadas de ironía; era un gran

«mamador de gallo», como dicen de los bromistas en Colombia, y la cohorte de fieles seguidores adquirida gracias a «Relato de un naufrago» estaba dispuesta a leer cualquier cosa que saliese de su pluma.

En uno de sus trabajos europeos, «S.S. se va de vacaciones», Gabo se explaya sobre el recorrido habitual del Papa desde el Vaticano hasta su palacio de Castelgandolfo, a las afueras de Roma. Planteando la escena como un guionista de cine, Gabo escribió: «El Papa se fue de vacaciones. Esta tarde, a las cinco en punto, se instaló en un Mercedes particular, con placas SCV-7, y salió por la puerta del Santo Oficio, hacia el palacio de Castelgandolfo, a 28 kilómetros de Roma. Dos gigantescos guardias suizos lo saludaron en la puerta. Uno de ellos, el más alto y fornido, es un adolescente rubio que tiene la nariz aplanada, como la nariz de un boxeador, a consecuencia de un accidente de tránsito». La historia está cargada de suspense gracias al truco de agregar a la crónica secciones interiores con títulos propios: uno sobre el calor de ese día: «35 grados a la sombra», y otro, «Accidentes del camino», en el que explica el retraso de diez minutos de Su Santidad en llegar a su palacio a causa de un camión atravesado. La eventual llegada del Papa la comparte en tono irónico: «Nadie se dio cuenta en Castelgandolfo por qué lado entró el Papa a su palacio de vacaciones. Entró por el oeste, a un jardín con una avenida bordeada de árboles centenarios».

Cuando volvió a América Latina, a finales de 1957, Gabo llegó reclutado por Plinio Apuleyo Mendoza, un amigo co-

lombiano, para trabajar en *Momento*, una revista de Caracas. Mendoza también lo había acompañado en su viaje a los países de Europa del Este. Su llegada coincidió con una nueva etapa de convulsión política: al poco tiempo de llegar, en enero de 1958, se produjo la caída del dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez. Fue el primer derrocamiento popular de un dictador en una época en que América Latina estaba gobernada casi exclusivamente por dictadores. Lo que Gabo vivió durante el siguiente año en el volátil ambiente venezolano supuso para él un despertar político.

Regresó brevemente a Barranquilla para casarse con Mercedes Barcha, una bella joven magangueleña de la cual se había enamorado años antes, durante su etapa costeña. Volvieron juntos a Caracas. Cuando su amigo Mendoza dejó *Momento* a causa de un desacuerdo con el dueño, Gabo se solidarizó con él y renunció. Como freelance, empezó a escribir artículos para otras publicaciones. Dos de ellos, recogidos aquí, «Caracas sin agua» y «Sólo doce horas para salvarlo», son clásicos del emergente estilo periodístico de Gabo, en el cual la narración, reconstrucción minuciosa de dramas de la vida real, es vehiculada por un tono de suspense a veces casi hitchcockiano, y con un desenlace que solo se revela al final.

En enero de 1959, dos semanas después de que el ejército rebelde de Fidel Castro derrocara al dictador Fulgencio Batista y tomara el poder en Cuba, Gabo y Mendoza lograron viajar a la isla a bordo de un destartalado avión enviado a

Caracas por los triunfantes barbudos para traer periodistas. A partir de ahí empezó una relación con la revolución cubana que duró toda su vida. Sobre esa primera experiencia cubana escribió memorablemente en «No se me ocurre ningún título».

En su texto, Gabo situó la recién estrenada revolución en el contexto político de aquel momento a través de una viñeta genial sobre el poeta cubano Nicolás Guillén, a quien había conocido en París cuando ambos se alojaban en el mismo hotel de mala muerte en el Barrio Latino, unos años antes. «[...] aun en los tiempos más crueles del invierno — escribió Gabo—, Nicolás Guillén conservaba en París la costumbre muy cubana de despertarse (sin gallo) con los primeros gallos, y de leer los periódicos junto a la lumbre del café arrullado por el viento de maleza de los trapiches y el punteo de guitarras de los amaneceres fragosos de Camagüey. Luego abría la ventana de su balcón, también como en Camagüey, y despertaba la calle entera gritando las nuevas noticias de la América Latina traducidas del francés en jerga cubana.»

La situación del continente en aquel momento quedaba perfectamente expresada en el retrato oficial de la conferencia de jefes de Estado que se había reunido el año anterior en Panamá: «Apenas si se vislumbra un civil escuálido en medio de un estruendo de uniformes y medallas de guerra. Incluso el general Dwight Eisenhower, que en la presidencia de los Estados Unidos solía disimular el olor a pólvora de su corazón con los vestidos más caros de Bond Street, se había puesto para aquella fotografía histórica sus estoperoles de guerrero en reposo. De modo que una ma-

ñana Nicolás Guillén abrió su ventana y gritó una noticia única: “¡Se cayó el hombre!”. Fue una conmoción en la calle dormida porque cada uno de nosotros creyó que el hombre caído era el suyo. Los argentinos pensaron que era Juan Domingo Perón, los paraguayos pensaron que era Alfredo Stroessner, los peruanos pensaron que era Manuel Odría, los colombianos pensaron que era Gustavo Rojas Pinilla, los nicaragüenses pensaron que era Anastasio Somoza, los venezolanos pensaron que era Marcos Pérez Jiménez, los guatemaltecos pensaron que era Castillo Armas, los dominicanos pensaron que era Rafael Leónidas Trujillo, y los cubanos pensaron que era Fulgencio Batista. Era Perón, en realidad. Más tarde, conversando sobre eso, Nicolás Guillén nos pintó un panorama desolador de la situación de Cuba. “Lo único que veo en el porvenir —concluyó— es un muchacho que se está moviendo mucho por los lados de México.” Hizo una pausa de vidente oriental, y concluyó: “Se llama Fidel Castro”».

Y su propia llegada a La Habana en plena efervescencia revolucionaria, Gabo la recordó de la siguiente manera: «Antes del mediodía aterrizamos entre las mansiones babilónicas de los ricos más ricos de La Habana: en el aeropuerto de Campo Columbia, luego bautizado con el nombre de Ciudad Libertad, la antigua fortaleza batistiana donde pocos días antes había acampado Camilo Cienfuegos con su columna de guajiros atónitos. La primera impresión fue más bien de comedia, pues salieron a recibirnos los miembros de la antigua aviación militar que a última hora se habían pasado a la Revolución y estaban concentrados en sus cuar-

teles mientras la barba les crecía bastante para parecer revolucionarios antiguos».

Con la publicación y el espectacular éxito de *Cien años de soledad*, el año 1968 fue uno de los grandes hitos en la vida de Gabriel García Márquez. A partir de ahí, Gabo y su familia gozaron de estabilidad económica y él fue internacionalmente aclamado, con total merecimiento, como uno de los grandes novelistas contemporáneos. Gabo no abandonó las cimas literarias en los siguientes veinte años —en ese lapso publicó sus otras obras mayores, incluidas *El otoño del patriarca* y *El amor en los tiempos del cólera*—, pero paralelamente, y aunque esta faceta fuese mucho menos conocida por sus millones de lectores más allá de América Latina, Gabo siguió ejerciendo de periodista, y con un enfoque cada vez más políticamente comprometido.

En la década de los setenta, en medio del ambiente de creciente tensión en América Latina propiciado por el triunfo de la revolución cubana y la política de violenta contención impulsada por Estados Unidos, Gabo entró en una etapa de periodismo militante. Cuando, en 1973, el presidente socialista chileno Salvador Allende fue brutalmente derrocado por el general Augusto Pinochet llegó a declarar que no volvería a publicar ningún libro hasta la caída del régimen. Aunque no cumplió dicha promesa, sí empezó a expresar de un modo cada vez más claro sus simpatías con las causas de izquierdas.

Junto con algunos amigos periodistas colombianos, impulsó *Alternativa*, una revista de izquierdas; escribía artícu-

los y columnas críticas con la política norteamericana y a favor de Cuba y de Fidel Castro, con quien empezó a desarrollar una duradera amistad. Escribió una larga crónica alabando la histórica expedición militar cubana en Angola, y otra, incluida en este volumen, que se tituló «El golpe sandinista. Crónica del asalto a la “Casa de los Chanchos”» y que trataba como una epopeya heroica el secuestro masivo de parlamentarios nicaragüenses por parte de un grupo de guerrilleros sandinistas.

En la crónica «Los cubanos frente al bloqueo», incluida en esta antología, Gabo utilizó sus dotes narrativas para hacer comprender a sus lectores las implicaciones del famoso «embargo» —«bloqueo» para los cubanos— que Estados Unidos aplicó sobre Cuba a partir de 1961. Escribió: «Aquella noche, la primera del bloqueo, había en Cuba unos 482.560 automóviles, 343.300 refrigeradores, 549.700 receptores de radio, 303.500 televisores, 352.900 planchas eléctricas, 286.400 ventiladores, 41.800 lavadoras automáticas, 3.510.000 relojes de pulsera, 63 locomotoras y 12 barcos mercantes. Todo eso, salvo los relojes de pulso que eran suizos, había sido hecho en los Estados Unidos. Al parecer, había de pasar un cierto tiempo antes de que los cubanos se dieran cuenta de lo que significaban en su vida aquellos números mortales. Desde el punto de vista de la producción, Cuba se encontró de pronto con que no era un país distinto sino una península comercial de los Estados Unidos».

A causa de textos como estos, Gabo fue muy criticado por la prensa de derechas en Estados Unidos y América Latina, y algunos llegaron a tildarlo de propagandista del ré-

gimen cubano, o incluso de tonto útil de Fidel Castro. Gabo siguió apoyando las causas en que creía, ejerciendo además un papel diplomático al involucrarse personalmente en esfuerzos de diálogo entre Estados Unidos y Cuba, así como entre líderes guerrilleros colombianos y los sucesivos gobiernos de su país.

Pero la obra de Gabo trascendía también sus ideas políticas. En 1987, ante la abrumadora noticia del asesinato, por orden de Pablo Escobar, de Guillermo Cano, su amigo y editor al frente de *El Espectador* durante décadas, Gabo escribía esta sentida y conmovedora alabanza: «Durante casi cuarenta años, a cualquier hora y desde cualquier parte, cada vez que ocurría algo en Colombia, mi reacción inmediata era llamar a Guillermo Cano por teléfono para que me contara la noticia exacta. Siempre, sin una sola falla, salía al teléfono la misma voz: "Hola, Gabo, qué hay de vainas". Un mal día del diciembre pasado, María Jimena Duzán me llevó a La Habana un mensaje suyo, con la solicitud de que escribiera algo especial para el centenario de *El Espectador*. Esa misma noche, en mi casa, el presidente Fidel Castro estaba haciéndome un relato absorbente en el curso de una fiesta de amigos, cuando oí, casi en secreto, la voz trémula de Mercedes: "Mataron a Guillermo Cano". Había ocurrido quince minutos antes, y alguien se había precipitado al teléfono para darnos la noticia escueta. Apenas si tuve alientos para esperar, con los ojos nublados, el final de la frase de Fidel Castro. Lo único que se me ocurrió entonces, ofuscado por la conmoción, fue el mismo impulso ins-